

estado mucho tiempo irritado, no le queda, de cansado, mas que algun resto de turbacion é inquietud: bramaba sordamente, y sus olas no eran ya con corta diferencia mas que como los surcos que en un espacioso campo deja el arado impresos.

Entretanto viene la Aurora á abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso dia. Estaba todo el Oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habian estado ocultas, volviéron á parecer, y se retiráron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo léjos, y el viento nos iba acercando á ella, y con esto sentí renacer la esperanza en mi corazon; mas no percibimos ninguno de nuestros compañeros; y segun las apariencias perdiéron el valor, y quedáron sumergidos con la nave. Cuando estábamos ya cerca de tierra, nos impelia el mar contra las rocas, donde sin duda nos estrelláramos, si no hubiéramos tenido la advertencia de presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timon. Así nos libramos de aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, por la cual, nadando sin trabajo, llegamos á la arena. Allí fué, ó gran diosa, donde nos visteis, y allí donde os dignasteis de recibirnos.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

## LIBRO SÉPTIMO.

### SUMARIO.

*Admira Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, y empeñarle en su amor. Sostíenele Mentor contra sus artificios y contra Cupido, que Vénus llevó consigo para socorrerla. Sin embargo Telémaco y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasion, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ámbos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus ninfas á que miéntras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin habia hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita consigo al mar para ganar á nado otro navío que veía cerca de la costa.*

**A**CABÓ Telémaco su discurso, y admiradas las ninfas se miraban unas á otras, y se decian: ¿ Quiénes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿ Cuándo se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? ¿ Sin duda que el hijo de Ulises ya se aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor! ¿ No veis qué semblante, qué hermosura, qué afabilidad y qué modestia? ¿ y no veis tambien qué heroismo y qué grandeza? Si no supiéramos que era hijo de un mortal, era fácil que le tuviésemos por un dios: le tendríamos por

Baco (1) ó Mercurio (2), ó acaso por el mismo Apolo (3). Pero quién será este Mentor, que á primera vista parece un hombre sencillo, oscuro y de una mediana condicion, y mirado detenidamente se descubre en él no sé que de superior al hombre?

No podia Calipso disimular la turbacion que estos discursos la causaban. Sus ojos vagarosos andaban de Mentor en Telémaco sin hallar descanso, ni atreverse á fijar en ninguno. Tan pronto quisiera que este volviese á empezar la historia de sus largas aventuras, como mudaba de dictámen. En fin levantándose precipitadamente, se apartó con él á un bosque de arrayanes, á fin de saber si Mentor era alguna divinidad oculta bajo la figura humana. Pero Telémaco no podia satisfacerla, porque aunque con efecto era Minerva la que bajo la figura de Mentor le acompañaba, era para él un misterio que no le habia revelado la diosa, pareciéndole todavía de pocos años. Además de que queria probar su sufrimiento esponiéndole á los mayores riesgos: y si Telémaco supiera que llevaba consigo á Minerva, no reparara en despre-

(1) Baco, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmo, rey de Tebas, inventó el uso del vino, del cual los poetas le han hecho la divinidad. Le inmolan asnos y machos cabrios para significar que los que se dan con exceso al vino se vuelven estúpidos é injuriosos.

(2) Mercurio, hijo de Júpiter y de Maia, hija de Atlas, era el intérprete y mensajero de los dioses. Era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

(3) Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, se llama el inventor de la medicina, de la lira, de la poesia y del arte de adivinar. Es tambien príncipe de las musas.

ciar los mayores peligros fiado en su proteccion. Así era que lo ignoraba, y de consiguiente fuéron inútiles los artificios de Calipso.

Mientras tanto las ninfas juntas al rededor de Mentor se divertian en hacerle preguntas. Esta queria saber las circunstancias de su viage á Etiopia; aquella lo que habia visto en Damasco: esotra le preguntaba si habia conocido á Ulises ántes de partir para Troya. A todas satisfizo con afabilidad, y en términos, aunque sencillos, agradables.

No dió lugar Calipso á que esta conversacion durase mucho. Volvió, y mientras las ninfas cogian flores, y cantaban para divertir á Telémaco, se apartó con Mentor para estimularle á que hablase. No es mas agradable el sueño á un hombre rendido del trabajo, ni discurre por sus fatigados miembros con mas suavidad, que se deslizaban las palabras de Calipso para insinuarse en el corazon de Mentor; mas ella veía que sus esfuerzos encontraban siempre con un no sé qué que los hacia inútiles, y que se burlaba de todos sus atractivos. Semejante Mentor á una roca escarpada, que esconde su cima en las nubes, y que se burla del furor de los vientos, permanecia constante en sus sabios designios, y permitia que le estrechase Calipso. Alguna vez la hizo creer que se hallaba ya tan embarazado con la fuerza de sus discursos, que estaba muy cerca de descubrir los secretos que en su pecho escondia. Pero en aquel momento en que creía satisfacer su curiosidad, en aquel mismo quedaban desvanecidas sus esperanzas: todo lo que pensaba haber adelantado, se deshacia como el humo con una breve respuesta de Mentor, que volvía á sumergirla en sus primeras dudas.

Así pasaba los dias, ya adulando á Telémaco, é ya

discurriendo en los medios de separarle de Mentor, de quien no esperaba sacar partido. Valiase de las ninfas mas bellas, para que encendiesen la llama de amor en el corazon de aquel jóven; y para que mas bien lo consiguiese, vino en su socorro otra deidad mas poderosa.

Implacable Vénus contra Mentor y Telémaco, por el desprecio que hicieron del culto que se la daba en Chipre, no podia ver sin dolor que estos dos hombres temerarios hubiesen resistido al furor de los vientos y del mar en la tempestad que á sus ruegos excitó Neptuno contra ellos. Quéjase al mismo Júpiter: sonriese el padre de los dioses, y sin revelarla que era Minerva la que bajo la figura de Mentor habia salvado al hijo de Ulises, deja á su arbitrio los medios de vengarse de ámbos.

Desciende Vénus del alto Olimpo, y olvida los suaves perfumes que se queman en sus altares de Pafos, Cítarea é Idalia: vuela en su carro tirado de palomas, llama á su hijo, é cobrando con el dolor nuevas gracias su hermosura, le dice así:

¿No ves, hijo mio, esos dos hombres que desprecian tu poder y el mio? ¿Quién de hoy mas querrá darnos adoracion? Ven, no te detengas: atraviesa con tus flechas sus insensibles corazones: descende conmigo á esta isla, que yo te ofrezco hablar á Calipso. Dijo: y hendiendo los aires en una dorada nube, descende á vista de ella, que se hallaba sola á la orilla de una fuente, bastante léjos de su gruta.

¡Desgraciada diosa! le dijo, el ingrato Ulises te ha despreciado; y su hijo, que aun es mas cruel, te prepara iguales desprecios: mas el Amor mismo viene á vengarte: ahí te le dejo: él vivirá entre tus ninfas, como en otro tiempo el niño Baco entre las de la isla de

Naxo (1) que le educaron. Le verá Telémaco de modo que le parezca un niño cualquiera, para que no se recede de él: mas yo te ofrezco que bien pronto reconocerá su poder. Dijo: y volviéndose á la dorada nube de que habia salido, dejó el ambiente embalsamado de tan olorosa ambrosía, que se esparció su fragancia por todos aquellos bosques.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso, que si bien era una diosa, no tardó en sentir la llama que ya empezaba á incendiar su pecho, y tanto que para templarla tuvo que alargársele al instante á la ninfa que halló mas cerca, y era la llamada Eucaris: mas ¡ha, cuántas veces la pesó despues! Al principio nada parecia mas inocente ni mas jovial, mas sencillo ni mas gracioso que este niño. Al verle tan divertido y complaciente, y siempre risueño, era imposible sospechar que pudiese producir mas que placeres; pero el que se fie en sus caricias, pronto percibirá en ellas cierto veneno que perturbe su espíritu; porque este maligno y engañoso rapaz atrae con halagos á los que luego vende; y si se rie, es de los crueles males que ha causado, ó de los que intenta causar.

No se atrevia á llegarse á Mentor, cuya severidad le arredraba: bien conocia que era invulnerable, y que estaba fuera del alcance de sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que este rapaz enciende: no obstante procuraban ocultar la profunda llaga que les corroia el corazon.

(1) Esas ninfas de la isla de Naxo, en el mar Egeo, una de las Cieladas, en premio del cuidado que habian tenido de criar á Baco, fuéron trasladadas al cielo, y mudadas en unas estrellas que llaman las Hiadas.

Entretanto estaba Telémaco admirado de la amabilidad y hermosura de este niño que se entretenía con las ninfas : aficionábase á él, y tomándole en brazos ; ya le sienta en las rodillas , é ya le abraza para estrecharle mas con su pecho. Siéntese agitado de una inquietud interior , sin poder atinar la causa. Cuanto mas procura divertirse en aquellos juegos, al parecer inocentes, tanto mas se aumenta su inquietud , y decae su valor. ¿No veis, Mentor, estas ninfas? le decia : ; cuán diferentes son de aquellas mugeres de la isla de Chipre que con su poca modestia hacian tan chocante su belleza ! Cierito que estas hermosuras inmortales manifiestan una inocencia , una honestidad y una sencillez que encanta. Hablaba, y se llenaba de rubor , sin saber por que. No podia callar ; y apenas empezaba á hablar , cuando no acertaba á proseguir. Unas veces dejaba á medio decir las palabras , otras eran indeterminadas y oscuras , y otras carecian de sentido.

Viéndole en tal estado , le dijo Mentor : ; Ah, Telémaco ! los peligros de la isla de Chipre eran ningunos comparados á los que ahora te cercan y contra los que no te precaves. El vicio grosero horroriza ; la impudicia brutal indigna ; en donde está el peligro es en la hermosura modesta , porque se cree que en amarla solo se ama la virtud ; y así se presta el corazon fácilmente á los engañosos atractivos de una pasión, que no se echa de ver hasta que ya casi no es posible sofocarla. Huye , pues, mi querido Telémaco : huye de esas ninfas , que solo por engañarte mejor se te presentan tan discretas : conoce los peligros á que tu edad te espone, y huye de ellos ; pero huye particularmente de ese rapaz que no conoces. Ese es Amor mismo , traído por su madre Vé-nus para vengarse del desprecio que hiciste del culto

que se le daba en Citerea. Ya ha herido con sus flechas el corazon de Calipso , que está de tí apasionada : él ha incendiado él de todas las ninfas que le rodean ; y tú mismo , desgraciado jóven , tú mismo ardes casi sin saberlo.

Interrumpia Telémaco muchas veces á Mentor , diciéndole : ; pero por qué no hemos de establecernos en esta isla ? Ulises ya no vive : ; cuánto tiempo hace que debe de estar sepultado en los abismos del mar ! Penelope , viendo que ni él ni yo hemos vuelto , no habrá podido resistirse á tantos pretendientes : su padre Icaro la habrá precisado á aceptar un nuevo esposo. ¿Y en este caso á que hemos de volver á Itaca ? ¿ á verla en otros lazos , faltando á la fé que prometió á mi padre ? Los Itacenses han olvidado á Ulises ; y si nosotros vamos , será solo á hallar una muerte cierta , porque los amantes de Penelope tienen ocupadas las avenidas del puerto para asegurar mejor nuestra ruina en caso de que volvamos.

En tí se ven ahora , le respondió Mentor , los efectos de una ciega pasión : ejercítase el ingenio en hallar todas las razones que la favorecen , miéntras el juicio permanece ocioso , temiendo encontrar las que la condenan. Para nada es uno mas sagaz que para engañarse á sí mismo , y sofocar sus remordimientos. ¿ Por desgracia te has olvidado de cuanto han hecho los dioses por restituirte á tu pátria ? ¿ ya no te acuerdas como saliste de Sicilia ? ¿ las desgracias que padeciste en Egipto no se trocaron repentinamente en prosperidades ? ¿ que mano invisible te sacó de los peligros que en Tiro amenazaban tu cabeza ? ¿ y despues de tantas maravillas ignoras aun lo que te tienen reservado los dioses ? pero ¿ qué es lo que digo ? tú eres indigno de su cuidado.

Por mí, á partir voy en este momento : yo sabré hallar los medios de salir de la isla. Y tú, indigno hijo de un padre tan sabio y generoso, quédate aquí entre mugeres: quédate á pasar con ellas una vida muelle y sin honor: haz, á pesar de los dioses, lo que tu padre tuvo por indigno de sí.

Estas palabras de desprecio le llegaron al corazón: amaba á Mentor, sentía su disgusto, y se avergonzaba de habersele causado: temía el enojo y la ausencia de un sabio á quien tanto debía; pero una pasión, que empezaba á desenvolverse en su corazón, le tenía tan trastornado, sin que él lo conociese, que ya no era el mismo hombre. ¿Pues qué, decía á Mentor bañados los ojos en lágrimas, en nada teneis la inmortalidad que la diosa me ofrece? Yo tengo en nada, le respondió, todo lo que se opone á la virtud y á los decretos de los dioses. La virtud te está llamando á tu patria para que veas á Ulises y á Penelope. La santa virtud te prohíbe que te abandones á una loca pasión. Los dioses que te han sacado de tantos peligros, y que te tienen reservada igual gloria que á tu padre, te ordenan que salgas de esta isla. Solo el amor, ese vergonzoso tirano, puede retenerte en ella. ¿De qué te aprovechará una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Semejante vida sería tanto mas desgraciada, cuanto no tendría término.

Telémaco solo respondía con suspiros: algunas veces se alegrará de que á su pesar le sacase de la isla: otras le parecía que tardaba en marcharse de ella, y en verse libre de un amigo tan severo, que con solo su presencia vituperaba su flaqueza. Alternaban en su corazón estos contrarios deseos, y en ninguno permanecía constante, semejante á la mar que sirve de juguete á vientos con-

trarios. Unas veces se quedaba inmóvil tendido en la playa del mar; y otras se encerraba en lo interior de los bosques, y allí lloraba amargamente, y daba gritos semejantes á los rugidos de un leon. Habíase enflaquecido tanto, tenía tan hundidos los ojos, y se descubría en ellos una ferocidad, que al verle así tan pálido, abatido y desfigurado, con dificultad se hubiera creído que era Telémaco. De cada vez iba perdiendo mas de su hermosura, de su natural agrado, y de su heroico valor. Como una flor que por la mañana sale de su capullo, llena el campo de fragancia; y á proporcion que se avecina á la tarde, se va poco á poco amortiguando, y marchitándose sus vivos colores, hasta que por fin desfallecida inclina la cabeza, perece y se seca: así el hijo de Ulises se hallaba á los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telémaco no podía resistir á la fuerza de su pasión, concibió para librarle de tan eminente peligro el mas acertado proyecto. Conocía que Calipso le amaba estremadamente, y que él no amaba ménos á la ninfa Eucaris: disposiciones todas del cruel Amor, que para mayor tormento de los hombres hace que uno desdeñe el cariño de quien mas le ama. Resuelve, pues, excitar los zelos; y sabiendo que Eucaris tenía dispuesta una cacería con Telémaco, dijo á la diosa: he notado en este jóven una pasión por la caza que me parece nueva. Esta diversion empieza á hacerle mirar con disgusto todas las demas: solo en los bosques, y en los montes vive contento: ¿sois vos ó diosa, por ventura la que le inspira esta pasión?

No pudo Calipso disimular el enojo que la causó esta queja, y así le respondió: Yo no sé qué juicio hacer del tal Telémaco, que habiendo despreciado los placeres que ofrece la isla de Chipre, no puede resistirse

ahora al encanto de la mediana hermosura de una de mis ninfas. Ni sé como se atreve á lisonjearse en mi presencia de tantas acciones heroicas un hombre cuyo corazon tan vilmente se entrega á la voluptuosidad, y que solo parece haber nacido para tener una vida oscura entre mugeres. Notando Mentor quanto la inquietaban los zelos, no se atrevió á añadir ni una palabra, temiendo desconfiarla; y se contentó con dar á entender su tristeza en el abatimiento del semblante. La diosa le manifestó las quejas que tenia de quanto á su vista pasaba, prorumpiendo cada instante en nuevas amenazas, furiosa ya con la noticia que de tal caza acababa Mentor de darla: despues supo que el principal cuidado de Telémaco habia sido ocultarse de las otras ninfas para hablar á solas á Eucaris. Supo tambien que se proyectaba segunda cacería, en la que no dudaba que tendria Telémaco la misma conducta que en la primera: y para desconcertar sus ideas, declaró abiertamente que queria asistir á ella. Pero en el mismo instante, y sin poder disimular por mas tiempo su resentimiento, le habló de esta manera:

¿A qué has venido, jóven temerario, á qué has venido á esta isla? ¿No viniste buscando un auxilio contra el justo naufragio que te prevenia Neptuno, y donde substraerte de la venganza de los dioses? ¿ó has venido á mi isla, inaccesible á todo mortal, á despreciar mi poder, y el amor que te he manifestado? ¿Divinidades del Olimpo y de la Estigia, oid los votos de una desgraciada diosa! ¿Confundid á este pérfido, á este hombre ingrato, á este impío! Y pues es mas cruel y mas injusto que su padre, sean mayores y mas crueles sus trabajos. No permitais, justos dioses, que vuelva á ver su patria, esa isla miserable, que este impío ha tenido

la audacia de preferir á la inmortalidad; ó mas bien, perezca estándola viendo desde el medio del mar; y que su cuerpo, hecho el juguete de las olas, sea arrojado sin esperanza de sepultura á las arenas de esta playa. Véanle mis ojos servir de pasto á las fieras y á los buytres; y véalo tambien la misma á quien tanto ama: véalo, y sienta despedazarse su corazon de dolor: sírvame de consuelo su desesperacion.

Así hablaba Calipso, teniendo encendidos de furor los ojos, vaga la vista, sin fijarla en nada, con un aire sombrío y feroz que causaba espanto. Temblábale la barba, y mudaba de color á cada instante. Alguna vez la cubria el rostro una mortal palidez: sus lágrimas no corrian como otras veces con libertad y abundancia, sino con escasez y opresion: habíanlas agotado la rabia y la desesperacion. La voz salia ronca, trémula é interrumpida.

Mentor lo observaba todo; y si no hablaba con Telémaco, era porque le trataba ya como á un enfermo, que por no dar esperanzas, se le abandona. Sin embargo no dejaba de echarle algunas miradas de compasion.

Bien conocia Telémaco su culpa, y cuan indigno era de la amistad de Mentor; y así era que no se atrevia á levantar los ojos para mirarle, temiendo encontrarse con los de su amigo, que hasta con el silencio reprehendia su debilidad. No le faltaban impulsos para arrojarle á sus brazos, y manifestarle su arrepentimiento; pero le contenia una reprehensible cortedad, y por otra parte temia dar lugar con esta demostracion á que le sacase ántes que quisiera del peligro en que se hallaba, porque léjos de temerle, le amaba; y si bien le conocia, le faltaba valor para resolverse á abandonar su loca pasion.

Congregados los dioses y diosas del Olimpo, tenían fijos los ojos en la isla de Calipso, esperando ver por quien quedaba la victoria entre Minerva y el Amor. Este dios todo lo habia incendiado con sus fuegos; y Minerva, bajo la figura de Mentor, se servia de los zelos, inseparables del Amor, contra el Amor mismo. Júpiter habia resuelto ser un espectador neutral de este combate.

Entretanto, temiendo Eucaris que se le escapase Telémaco, se valia de mil artificios para retenerle en sus redes. Estaba ya para salir con él á la segunda cacería, y su trage era semejante al de Diana: Vénus y Cupido habian cuidado de derramar sobre ella nuevas gracias, de modo que aquel dia eclipsaba su hermosura á la de la misma Calipso, que viéndola de lejos, y mirándose al mismo tiempo en la mas cristalina de sus fuentes, se avergonzó de verse, y tomó el partido de ocultarse en lo interior de su gruta, donde, dando rienda á su dolor, exclamó á solas en estos términos:

¡Qué mal he conseguido desconcertar las ideas de los dos amantes, declarando que queria concurrir á la cacería! ¿Sin embargo deberé ir? ¿pero á qué? ¿á contribuir á su triunfo, haciendo que sirva mi hermosura de realzar la de Eucaris? ¿á qué viéndome Telémaco, se encienda mas en su amor? ¡O desgraciada Calipso! ¿qué has hecho? No, no iré; pero ni ellos tampoco: yo sabré impedirlo. A buscar voy á Mentor para decirle que saque de aquí á Telémaco, y le conduzca á Itaca. ¡Mas ah! ¿qué será de mí sin él? ¿Donde estoy? ¿qué haré? ¡O cruel Vénus, como me engañaste! ¡qué presente tan funesto me hiciste! ¡Pernicioso rapaz, pérfido Amor, yo te entregué mi corazon con la esperanza de ser feliz viviendo con Telémaco; pero tú abusaste de

mi credulidad, dándome, en cambio de la dicha que me ofreciste, inquietud y desesperacion! Mis ninfas se han rebelado contra mí: mi divinidad solo me sirve de hacer eterno mi mal. ¡Ojalá pudiera darme la muerte, y con ella fin á mi tormento! Pero ya que yo no puedo, morirás tú, Telémaco: sí, preciso es que mueras. Yo me vengaré de tu ingratitud: tu ninfa lo verá: á su vista te daré muerte. Pero ¿qué es lo que digo! ¿Tú deliras, infortunada Calipso? ¿qué es lo que quieres hacer? ¿qué perezca un inocente, que tú misma has sumergido en un abismo de desgracias! ¿no eres tú la que encendiste la llama fatal en el casto pecho de Telémaco? ¡Qué inocencia la suya! ¡qué virtud, y qué horror al vicio! ¡qué oposicion á los vergonzosos placeres! ¡A qué, pues, haber emponzoñado su corazon! Es verdad que me hubiera dejado; ¿pero ahora no es preciso que me deje, ó que yo, siendo el objeto de su desprecio, le vea vivir solo para mi rival? En verdad que no padezco cosa que no merezca. Partid, Telémaco: alejaos de mí: sirva el mar de barrera á mi amor: deja á Calipso sin consuelo, sin poder soportar la vida, ni darse la muerte: déjala inconsolable, cubierta de oprobio, y desesperada: déjala para mayor tormento en compañía de tu orgullosa Eucaris.

Así razonaba á solas en su gruta; mas de improviso sale impetuosamente, llamando á voces á Mentor. ¿Dónde estais, Mentor? ¿Así sosteneis á Telémaco contra el vicio que le rinde? ¿así os dormis miéntras vela contra vos el Amor? Ya no puedo tolerar por mas tiempo la vil indiferencia con que le mirais. ¿Tendréis valor para ver con tranquilidad como el hijo de Ulises deshonra á su padre, y como se hace indigno del alto destino que le está reservado? ¿es á vos, ó á mí, á quien sus padres

han confiado su conducta? ¿os parece justo que yo busque los medios de curar su mal, y estaros vos miéntras tanto en esta reprehensible inaccion? En lo mas espeso de ese bosque se crian gruesos árboles á propósito para la construccion de navíos: de ellos hizo Ulises él que le sirvió para salir de esta isla: allí mismo hallaréis una profunda caverna, y en ella todo lo necesario para cortar y unir las piezas de que debe componerse.

No bien lo hubo dicho, quando se arrepintió. Pero Mentor, sin perder momento, fué, halló la cueva, encontró los instrumentos; cortó los árboles, y en solo un día puso una nave en estado de navegar, porque el poder y la industria de Minerva, no necesitan mucho tiempo para acabar las mas grandes empresas.

Calipso miéntras tanto se hallaba en el mas terrible compromiso. Por una parte quisiera ver si Mentor adelantaba su obra, y por otra no podia resolverse á dejar á Eucaris en plena libertad con Telémaco. Los zelos no la permitian que les perdiese de vista ni un instante. Para ocurrir á uno y otro, procuraba que la caza se hiciese por aquel lado en que sabia que estaba Mentor trabajando. Así, pues, oía el hacha y el martillo, aplicaba el oído, y cada golpe la estremecía: mas en el mismo instante receleba si Telémaco se habia aprovechado de esta distraccion para hacer alguna seña, ó hechar alguna mirada á la ninfa.

Con efecto, Eucaris se valió de estos y otros intervalos para decirle en tono de mofa: ¿No temeis que despues os riña Mentor porque habeis venido sin él á caza? ¡O, cuanta lástima me causa véros vivir bajo la direccion de tan severo maestro! Nada basta á templar su austeridad: afecta ser enemigo de los placeres, y no permite que disfruteis de ninguno: del mas inocente os

reprende como de un crimen. Está bien que os dirigiese, miéntras no estuvisteis en estado de hacerlo por vos solo; pero despues de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debeis permitir que os trate como á un niño.

De este modo logró Eucaris inspirarle cierta aversion á Mentor, y fomentar el deseo que tenia de sacudir su yugo. Sin embargo temia volverle á ver, y por lo mismo no se atrevió á responder á la ninfa: tanta era la irresolucion en que se hallaba. Por fin retirándose al anochechar, despues de haber estado unos y otros mas que divirtiéndose, violentándose continuamente, viniéron á dar á un lado del bosque cerca de donde Mentor habia estado todo el día trabajando; y desde allí alcanzó á ver Calipso acabado el navío: al instante se le cubriéron los ojos de una densa niebla, semejante á las sombras de la muerte: las rodillas de temblor no la podian sostener: un sudor frio la corria por todos los miembros: vióse precisada á apoyarse en las ninfas que la asistian; y alargando Eucaris la mano para sostenerla, la repelió con desprecio, mirándola con indignacion.

Quando vió Telémaco el navío, y no á Mentor, que se retiró luego que le hubo acabado, preguntó á la diosa, de quien era, y que destino tenia. Apénas acertaba Calipso á responderle: mas, recobrada un poco, le dijo: le he mandado construir para que Mentor se retire; con lo cual quedarás libre de la severidad de un amigo que se opone á tu felicidad, y que precisamente te mirará con envidia si te vieses revestido de la inmortalidad.

¡Mentor me abandona! ¿pues qué será de mí? exclamó Telémaco. Eucaris, si me deja Mentor, ya no me queda mas que vos. Escapáronse estas palabras en el



arrebato de su pasión: conoció lo mal que había hecho en decir las; pero no lo previó, ni estuvo en su mano reprimirse. Quedáronse todos admirados, sin que nadie se atreviese á hablar. Avergonzada Eucaris, y no osando levantar los ojos del suelo, ni presentarse á las otras, se quedó detras de todos: mas aunque su rostro daba señas de rubor, ella se alegraba interiormente. Telémaco no sabia lo que le pasaba ni como pudo andar tan indiscreto. Lo que había hecho le parecia un sueño; pero un sueño que le dejaba confuso y turbado.

Mas furiosa Calipso que una leona á quien han robado sus cachorros, corre al traves del bosque sin seguir ningun camino, ni saber donde va. Hállase por fin á la entrada de su gruta, donde Mentor la estaba esperando. Salid, le dijo, de mi isla, á la que parece que habeis venido solo para alterar mi reposo. Alejad de mí ese insensato jóven, si vos, imprudente viejo, no quereis esponeros á ser víctima del enojo de una diosa irritada. Yo no quiero volver á verle; no quiero que le hable, ni le mire ninguna de mis ninfas. Así lo juro por las ondas de la Estigia, juramento que hace temblar á los mismos dioses. Mas sabe, Telémaco, sabe que no se han acabado tus trabajos. No, ingrato; no saldrás de mi isla sino para padecer nuevas desgracias. Yo me veré vengada, y tú echarás ménos á Calipso, pero en vano. Irritado todavía Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia, é instigado por Vénus, á quien tú despreciaste en Chipre, te prepara nuevas borrascas. Verás á tu padre, que aun vive: sí; pero le verás sin conocerle. Te unirás á él en Itaca, pero seré despues de haber experimentado la mas enemiga fortuna. Vete, sal de aquí; pero yo invoco en mi venganza todo el poder de los dioses inmortales. ¡Ojalá yo te

viese en medio de los mares, pendiente de la mas alta roca, herido de un rayo, invocando en vano el nombre de Calipso! que tu suplicio causara mi alegría.

No bien acabadas estas exècraciones, ya estaba dispuesta á resoluciones contrarias. El amor renovó en su corazon el deseo de retener á Telémaco. Viva, pues, decia en su interior, y permanezca en mi isla: acaso llegará á conocer cuanto he hecho por él, y que Eucaris no podrá, como yo, darle la inmortalidad. Mas ¡ah, qué mi ceguedad me ha precipitado! el juramento que he hecho por las ondas de la Estigia me quita toda esperanza! Aunque nadie oia estos discursos, veíanse no obstante pintadas en su rostro las furias, y todo el pestífero veneno del negro Cocito parecia que se exhalaba de su corazon.

Estaba Telémaco sobrecogido de horror, y no se le ocultaba á Calipso; porque, ¡qué no descubre el amor zeloso! y este mismo asombro de Telémaco redobló el furor de la diosa, que como una Bacante, que con sus alaridos hiera el aire, y hace estremecer los altos montes de la Tracia, así corria al traves de los bosques con un dardo en la mano, llamando á todas las ninfas, y amenazando traspasar á las que no la siguiesen. Acuden todas temiendo la amenaza; y hasta la misma Eucaris la sigue bañados los ojos en llanto, y mirando de léjos á Telémaco, pero sin atreverse á hablarle. Estremeciósela diosa al verla cerca de sí; y en lugar de aplacarse con la sumision de la ninfa, concibe nuevo furor de ver que la afliccion acrecentaba su hermosura.

Telémaco, viéndose á solas con Mentor, se echa á sus pies, no atreviéndose á arrojarse á sus brazos, ni aun á mirarle; y hecho un mar de lágrimas quiere

hablar, y le falta la voz; no encuentra con las palabras, no sabe lo que debe hacer, ni lo que hace, ni aun sabe lo que quiere. Por fin rompe en esta exclamacion: ¡Padre mio! ¡mi verdadero padre! ¡mi Mentor! libradme de tantos peligros. Yo no puedo dejaros, ni seguiros. Libradme de tantos riesgos; libradme de mí mismo; dadme la muerte.

Abrázale Mentor, le consuela, le anima, le enseña á sufrirle á sí mismo; sin lisongear sus pasiones, y le dice: Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido, y aun eres, de los dioses, sabe que por un efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones, no es todavía sabio, porque ni puede conocerse, ni tener de sí desconfianza. Los dioses te han conducido como por la mano hasta la horrorosa boca del abismo, para que veas su espantosa profundidad, no para precipitarte á ella. Aprovechate pues ahora de lo que sin el socorro de la esperiencia nunca hubieras aprendido. En vano se te hablara del Amor y de sus traiciones, de ese Amor corruptor, que halaga para matar, y que bajo la apariencia del contento oculta la mas cruel amargura. Acuérdate de como vino ese rapaz lleno de alegría, inspirando risas, convidando con juegos, y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazon, y tú sentiste un placer en que te le robase. Despues buscabas pretextos para no resentirte de la herida que te hizo, procurando engañarme, y triunfar del engaño. Nada temias. ¿Y cuál ha sido el fruto de semejante demencia? tú pides la muerte como la única esperanza que te queda. Calipso parece agitada por una furia infernal. Eucaris se abraza en el fuego mas voraz, y padece dolores mas crueles que los de la

misma muerte: en una palabra, todas las ninfas rabiosas con los zelos están para despedazarse entre sí propias. Este es, este es el fruto: esto lo que hace, y esto lo que desea hacer el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisongero. Recobra pues, Telémaco, recobra el perdido aliento. Reconoce cuanto debes á los dioses, y cuanto te aman, pues te abren tan seguro camino para que huyas del Amor, y vuelvas á tu patria. Ya Calipso se ve precisada á echarte de la isla: el navío está pronto: ¿qué es pues lo que nos detiene? huyamos de una isla en que no puede habitar la virtud.

Dicho esto, le tomó de la mano, y se le llevaba hácia la playa: Telémaco le seguia como por fuerza, mirando siempre atras. Veía á su Eucaris que se alejaba de él; é ya que no podia verla bien el rostro, contemplaba sus hermosos cabellos, su ropa flotante, y su noble modo de andar: quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponía los pies: ya no la veía, y aun aplicaba el oido, creyendo oir su voz. Aunque ausente, la estaba viendo: representábasela su imaginacion: parecíale que hablaba con ella, no sabiendo donde se hallaba, ni oyendo lo que Mentor le decia.

En fin volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo á Mentor: Estoy resuelto á seguiros, pero aun no me he despedido de Eucaris; é ya que la abandone, no quisiera hacerlo con esa ingratitud de ningun modo. Permitidme que la vea por última vez, y que la dé un eterno á dios, ó que pueda á lo ménos decirla: Ninfa, los dioses crueles, los dioses, envidiosos de mi dicha, me precisan á que te deje; mas ántes me arrancarán la vida que tu nombre de mi memoria. Padre

mio, ó dadme este último consuelo, que es tan justo, ó la muerte. No creais que quiero permanecer aquí, ni abandonarme al amor: nada ménos. Mi corazón le desconoce; es amistad y reconocimiento el que á Eucaris profeso. Bástame decirla á dios, y al momento partimos.

¡Cuanto te compadezco! le respondió Mentor. Es tan furiosa tu pasión, que no la conoces. Ya lo ves, tú te crees tranquilo, y deseas la muerte: te atreves á lisongearte de que no conoces al amor, y no tienes valor para dejar á esa ninfa que amas: solo á ella ves, á ella oyes, y para todo lo demas estás sordo y ciego. El enfermo que delira en fuerza de la calentura, dice que no está enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco, estabas dispuesto á renunciar á Penelope que te espera, á no ver ni conocer á Ulises, á olvidar á Itaca tu patria, en que has de reinar: dispuesto estabas á renunciar á la gloria, y al alto destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor: todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris, y dices sin embargo que no es amor el que á ella te aficiona! Si esto no, ¿qué es pues lo que te inquieta? ¿por qué apeteces la muerte? ¿qué te estimuló á prorumpir de aquel modo en presencia de la diosa? No te acuso de mala fé, compadezco tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye: en la fuga está la victoria. Contra semejante enemigo el verdadero valor consiste en temer y huir; y no así como quiera, sino en huir sin pararse á deliberar, ni aun á mirar atrás. No creo que hayas olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia, y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que no hay medio, ó creerme tambien ahora,

ó permitirme que te abandone. ¡Si tú supieras cuán doloroso me es verte correr á tu precipicio! ¡y cuanto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido á hablarte! no le costó tanto darte á luz á la madre que te dió el ser. Yo he callado, he disimulado mi pena, hasta los suspiros he sofocado á ver si te resolvias por tí mismo á buscarme. ¡Ay, hijo mio! consuela mi corazón, vuélveme lo que mas amo, restitúyeme á Telémaco; sí, restitúyete á tí mismo. Si puede mas contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor á despecho de la sabiduría, ya no hay vida para Mentor.

Mientras que así le hablaba, le iba conduciendo hácia el mar, y aunque Telémaco no tenia el valor necesario para seguirle de su motivo, tenia ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, siempre oculta bajo la figura de Mentor, invisiblemente cubria con su egida á Telémaco, y le comunicó un rayo de luz divina, y en él cierto valor, que no habia sentido desde que entró en la isla. Por último llegaron á la ribera; y queriendo ver si el navío que Mentor habia hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó, subieron á una montaña escarpada, ó mas bien á una eminente roca, baticida siempre del mar, desde donde vieron el mas triste espectáculo.

Resentido vivamente el Amor, no solo de que un viejo desconocido fuese insensible á sus flechas, sino aun mucho mas de que subrajese á Telémaco de su dominio, lloraba de despecho; y se fué á ver con Calipso, que andaba vagando por lo mas intrincado de las selvas. No pudo la diosa verle sin gemir: á su vista se renovaron las heridas que la habia hecho. ¿Es posible que siendo vos una diosa, le dijo el Amor, os dejeis vencer de un

débil mortal, que es ademas vuestro prisionero? ¿por qué le dejais salir?— O perfido Amor, le respondió Calipso, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos; tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia, dejar partir á Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses con todo su poder no se atreviera á violar tan solemne juramento. Salga pues Telémaco de mi isla: y tú, infame rapaz, sal tambien: mayores males me has hecho tú que él.

Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con una maligna sonrisa: en verdad, Calipso, que es grande ese obstáculo: sin embargo dejadlo á mi cuidado, cumplid vuestro juramento, no os opongais á que Telémaco parta; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle salir. Yo les inspiraré el designio de quemar el navío tan velozmente construido por Mentor; y si entónces os sorprendió tanto su diligencia, yo os ofrezco que no quedará él ménos sorprendido de la prontitud con que yo la inutilice, sin que despues le reste ningun arbitrio para llevaros á Telémaco.

Estas lisongeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro á la márgen de un arroyo recrea con su frescura el caluroso rebaño, que con los ardores del estío está ya desmayado y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenósele el rostro, los ojos recobraron su alegría, y los crueles cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse é hizo mil caricias á aquel festivo niño, pero estas mismas caricias la preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho el Amor de haber persuadido á la diosa, partió á persuadir tambien á las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes como anda un rebaño que la rabia de los hambrientos lobos ha hecho huir léjos de su pastor. Congrégalas Cupido, y les dice: Aun está Telémaco en vuestro poder. No perdais momento en poner fuego á esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevársele. Inflamadas las ninfas encienden con presteza antorchas, corren furiosas á la playa dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas bacantes. Ya suben al cielo las llamas que consumen la nave hecha de maderas secas y embreadas, é ya los remolinos de humo oscurecen la luz, formando una densa nube.

Desde la roca en que estaban Telémaco y Mentor veían el incendio, y oían la algazara de las ninfas. No le faltó mucho á Telémaco para alegrarse tambien, porque su mal aun no estaba curado, y á Mentor no se le ocultaba que su pasion era como un fuego mal apagado que de cuando en cuando se deja ver entre sus cenizas. ¡Vedme, dijo Telémaco, otra vez preso en las mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

Conoció Mentor su espíritu, y lo espuesto que estaba á reincidir si perdía un momento en evitarlo. Y alcanzando á ver á lo léjos en medio del mar un navío parado, que no se atrevia á acercarse á la isla, porque sabian todos los pilotos que era inaccesible á los hombres, impele á Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar, y se arroja tras él. Quedó Telémaco tan aturdido de esta violenta eaida, que bebió del agua salada, y vino á ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alar-

gaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba mas que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las ninfas creían tenerles mas seguros, y viéron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable se volvió á su gruta, ocupando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos; y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires, batiendo las alas, y se huyó al frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su madre; el hijo, aun mas cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que habia causado.

A proporcion que Telémaco se apartaba de la isla, sentia con placer que iba recobrando el esfuerzo y su antiguo amor á la virtud. Ahora conozco, le decia á Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inesperienza no me dejaba conocer entónces: ahora conozco no se vence el vicio sino huyendo. Ahora reconozco tambien quanto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando tan justamente merecia que me privasen de ellos, y me abandonasen á mí mismo. Pero ya no temo al mar, ni á los vientos, ni á las tempestades: á nada temo ya sino á mis pasiones: el amor por sí solo es mas temible que todos los naufragios.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

## LIBRO OCTAVO.

### SUMARIO.

*El navío que desde la roca alcanzó á ver Mentor era Tirio, y su capitán un hermano de Narbal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente; y reconociendo á Telémaco, le refirió la muerte trágica de Pigmalion y de Astarbe: la elevacion de Baleazar, que á persuasion de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam un refresco á Telémaco y Mentor, se llegan al rededor del navío los Tritones, las Nereidas, y las demas divinidades del mar atraidas del dulce cántico de Aquitoas: toma Mentor una lira, y le hace muchas ventajas. Despues refiere Adoam las maravillas de la Bética: describe el suave temperamento del aire, y las demas circunstancias recomendables de aquel pais, la vida tranquila de sus habitantes, y la simplicidad de sus costumbres.*

EL navío que estaba parado, y hácia el cual se dirigian, era Fenicio, con rumbo á Epiro. Los Fenicios que en él iban habian visto á Telémaco en su viage á Egipto; pero no era fácil que entónces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó á distancia de poder ser oido, levantó la cabeza sobre las aguas, y exclamó: Fenicios, protectores de todas las naciones, no negueis la vida á dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si teméis á los dioses, recibid-